

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica

Torreón, México. 30-IV-2005

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, sj. Rector
Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Número 78

ÍNDICE

	página
Noticias del Archivo Histórico	2
La religión como seguridad en La Laguna virreinal	2
El Mostrador. Paisajes interiores en <i>Al sur de tu silencio</i>	6
Libros del Archivo Histórico	11

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

NOTICIAS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

Revista Electrónica de Investigación Educativa (REDIE).

El International Consortium for the Advancement of Academic Publication (ICAAP) con sede en Canadá, concedió el Premio de Excelencia en Publicaciones Electrónicas a la REDIE, considerando: actualidad de los materiales publicados, contenidos relevantes para el campo al que se dirige, autoridad, credibilidad, objetividad, aprovechamiento creativo e innovador de las nuevas tecnologías y el diseño en general de la publicación, entre otros aspectos.

El editor de la REDIE es el Mtro. Lewis Samson Mac Anally. Esta interesante revista electrónica tiene acceso directo y gratuito, y se encuentra disponible en:

<http://redie.uabc.mx>

LA RELIGIÓN COMO SEGURIDAD EN LA LAGUNA VIRREINAL

Dr. Sergio Antonio Corona Páez ¹

En la Comarca Lagunera colonial, la fe en las enseñanzas de la iglesia era el vínculo común, el aglutinante que mantenía la cohesión social entre cada grupo étnico y cada estamento o clase social. A los habitantes españoles o hispanizados de la comarca de la laguna y riberas del Nazas, la fe católica, apostólica y romana era lo que les daba sentido de universalidad y de pertenencia al imperio español. Hasta las monedas de la época amalgamaban gráficamente en su metal precioso las ideas de unión del viejo y del nuevo mundos bajo la corona de un rey puesto por Dios en la tierra. Cada moneda invitaba al reconocimiento de “ambas majestades”.²

¿Cómo era esta fe común de españoles, indígenas, negros y castas? ¿Cómo percibían las verdades de la fe los creyentes laguneros del siglo XVII y XVIII?

¹ Doctor en Historia, Coordinador del Archivo Histórico JAE de la UIA-Torreón.

² Las monedas de plata que circularon en el siglo XVIII eran del tipo llamado “columnario”. En su anverso mostraban la imagen de dos mundos entrelazados bajo una sola corona, los mundos colocados sobre un océano flanqueado por las columnas de Hércules. En la parte superior, la leyenda “Utraque Unum” que significaba “de ambos, uno”. En el reverso aparecía el escudo real y la leyenda “por la gracia de Dios, rey de España y de las Indias”.

Como era de esperarse en una época y lugar en los que los peligros eran muchos y continuos, la búsqueda de seguridad por medio de la actividad religiosa permeaba la mayor parte de los aspectos de la vida cotidiana del creyente. Esta fe podía ser vivida y expresada de manera pública o privada, institucional o personalmente. Toda esta actividad vinculadora con lo divino —*religare*— era oficialmente teocéntrica, pero en la práctica cotidiana resultaba hagiocéntrica, se orientaba a la veneración de la Virgen María y de los santos. En la mente de los laguneros que vivían en el remoto septentrión novohispano, Dios era percibido de manera análoga a como lo era la cesárea majestad de los monarcas de España: Dios, como el rey, era un ser muy real, pero inaccesible en su grandeza y lejanía. La santidad de Dios y su justicia abrumaba a los fieles, que se sabían y sentían pecadores.³ La lectura de la totalidad de los testamentos contenidos en el Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras nos permite concluir que estos creyentes⁴ no comprendían plenamente el significado ni las consecuencias del sacrificio de Jesús en cuanto sacrificio vicario (sustitutivo y plenamente expiatorio). Este sacrificio era interpretado más bien como el testimonio supremo del amor del Hijo encarnado, como una pasión divina que lo llevó hasta la muerte sin proferir queja alguna. Por lo tanto, la muerte en la cruz no representaba un acto deliberado por medio del cual se realizaba una perfecta expiación vicaria, sino más bien una consecuencia natural de la confesión de la divinidad de Jesús ante las autoridades judaicas.⁵ La paciencia de Jesús durante su pasión y muerte fueron leídos como modelos de conducta cristiana. La pasión no era percibida como un sacrificio liberador para el creyente, sino como un acto pedagógico de estoicismo, paciencia y virtud cristianas que enseñaba al creyente a sobrellevar embates de la vida con resignación y con la esperanza de los bienes de la vida futura. En este contexto, para los creyentes la muerte de Jesús fue su mayor lección de vida, pero los creyentes quedaban en la incertidumbre de su propia salvación, que más parecía depender de sus obras —buenas

³ Un precioso texto saltillense, la “protestación” de Juan de Morales, escrita en Saltillo antes de 1650, se transcribe en el apéndice documental. Juan de Morales era un español nacido hacia 1580 en San Juan del Puerto, en Andalucía. El texto es una acabada obra de teología y antropología que nos muestra cuáles ideas eran aceptables para los cristianos de la Nueva Vizcaya en la época de la fundación de Parras. Seguramente contó con la asesoría de un sacerdote. Ese mundo de inseguridad y de culpa se trasluce de manera extraordinaria. AMS, Testamentos, c. 1, exp. 35.

⁴ Aunque de acuerdo a la ley indiana, los testamentos debían contar con la *expositio* o profesión solemne de fe del creyente, ésta solía variar de persona a persona y mostraba claramente cuáles eran las actitudes que le movían a hacer dicha profesión. Además, los santos a los que invocan y los oficios que les encomiendan son diferentes. Todos coinciden en mostrar a Dios muy lejano de la realidad humana. *Cfr.* Mijares Ramírez, *Escribanos*, 1997, p. 118.

⁵ Equiparable al martirio, es decir, a la pena de muerte como consecuencia directa de la confesión de la fe.

o malas— que de la perfecta obra expiatoria de Jesús.⁶ Nadie tenía la certeza del perdón divino, sobre todo a la hora de la muerte inesperada, tan común y tan temida en las tierras laguneras infestadas de salvajes. Ante el angustioso sentimiento de la lejanía de Dios por la conciencia dual que tenían los creyentes de la santidad divina y de la propia pecaminosidad, la veneración de la Virgen y los santos intercesores eran fuente de seguridad. Para la mentalidad popular, y a pesar de todas las miserias que el creyente pudiera padecer, el amor de madre de María era incondicional. Los santos eran seres cercanos, y aunque glorificados, habían sido humanos y habían sufrido como cualquier otro. Por esta razón, estaban en posición inmejorable para ayudar a los miembros de la iglesia militante.

Esa era la función de los santos. Como miembros de la corte celestial, tenían acceso a la divina majestad, de la misma manera que los validos de la corte tenían acceso al rey. Muchos de ellos eran designados como “valedores” y “procuradores” personales por los creyentes. En el septentrión fronterizo donde se enfrentaban la barbarie y la civilización sobre una base cotidiana, existían demasiados riesgos y necesidades que debían ser resueltos con el apoyo de lo sobrenatural. Humanamente hablando, la vida era demasiado incierta para vivirla sin la seguridad que proporcionaba la experiencia religiosa. Basta imaginar los peligros que representaban los imprevisibles ataques de indios —lejos de cualquier socorro oportuno—, los accidentes y las enfermedades, sin los recursos de los antibióticos ni de la ciencia médica; la carestía, que muchas veces era el resultado de los incontrolables azares climáticos, para imaginarnos la magnitud de la zozobra cotidiana.

Si al planteamiento anterior le sumamos las recomendaciones que el Concilio de Trento hizo a los obispos sobre la utilidad de las imágenes para el culto, nos daremos cabal idea de la piedad que vivían los creyentes de la comarca. Así, se recomendaba

Por medio de las historias de nuestra salvación, expresadas en las pinturas y otras copias, instruir y confirmar al pueblo, recordándole los artículos de fe y recapacitando continuamente en ellos: más aún, todas las sagradas imágenes son muy fructíferas no solo debido a los beneficios y dones que Cristo les ha concedido, sino también porque ellas exhiben ante los ojos de los fieles los saludables ejemplos de los santos y los milagros que Dios ha realizado en ellos.⁷

⁶ El sentido expiatorio de la muerte de Jesús aparece en todo el nuevo testamento, y en su paralelismo con la expiación del sumo sacerdote, en la carta de Pablo a los Hebreos.

⁷ Vicente Ribes Iborra, *Popular*, 1997, p. 37

A través de la piedad, los fieles buscaban la seguridad y la paz mental en medio de una realidad extremadamente insegura. Meditemos en todos los peligros que los creyentes laguneros tenían en mente al pronunciar esta oración nocturna del siglo XVIII:

Gracias rendidas demos al Dios omnipotente,
que sacó de la nada la turba de los seres:
él es quien nos da vida, él es quien nos protege
y a quien su amparo falta, de continuo perece.
Mi corazón te adora y a toda hora te alaba
mi lengua balbuciente, dame pues los auxilios
de tu gracia perenne.— Esta noche descanso
mientras el día vuelve p(ar)a en él tributarte
signos reverentes de un pecho agradecido
que te ama eternamente. Amén.⁸

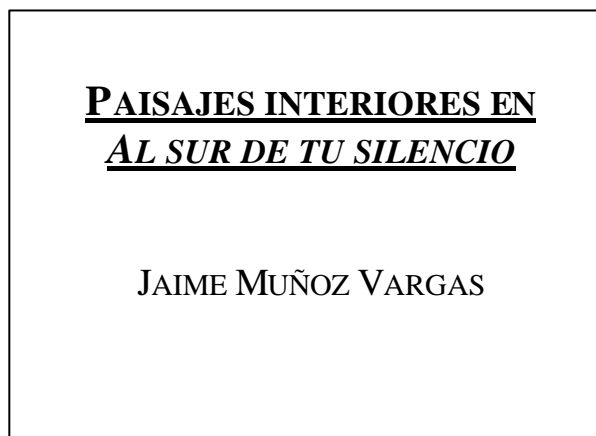
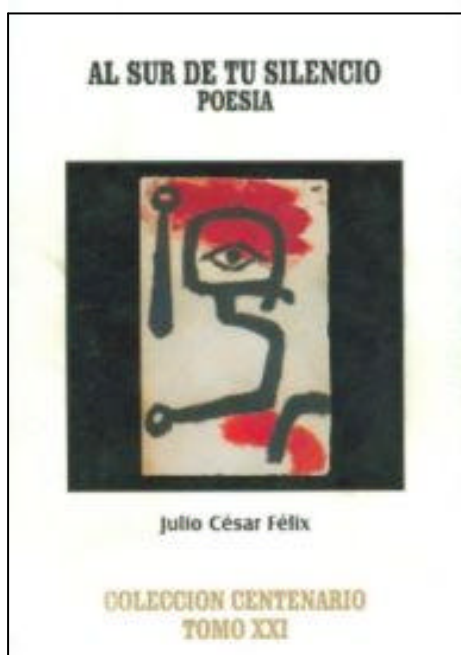
Los fieles participaban de la vida litúrgica y sacramental de la iglesia institucional. Se trataba del culto formal, oficial y público: misas de guardar, procesiones, tómporas,⁹ festividades, rosarios, etc.

La fe católica también se expresaba cotidianamente en los hogares en la forma de devociones a la Virgen María en sus diversas advocaciones y a los santos protectores. Los ya mencionados testamentos del pueblo de Parras dan cuenta de que en muchas casas existía un lugar especialmente reservado para lo sagrado, un espacio dedicado a la veneración de estas advocaciones o santos. Los creyentes buscaban tener en sus casas las imágenes de sus santos predilectos. Desde luego que, en la mentalidad popular, cada santo se "especializaba" en cierto tipo de ayuda o de milagros. De ahí la multiplicidad de representaciones hagiográficas en los hogares, según se desprende de testamentos e inventarios de la época.

⁸ Oración manuscrita parrense, AHCSILP, libro de gastos 1797-1817, Iglesia de nuestra. Señora de Guadalupe, exp. 175.

⁹ Es decir, los tiempos o divisiones del año litúrgico.

EL MOSTRADOR



Recuerdo que hace varios meses conversé sobre poesía con un viejo amigo escritor. Nuestro intercambio de opiniones no fue marcado por la polémica, sino por la grata argumentación y el no menos agradable sabor de la cerveza. Quizá por mi tendencia a contar, a narrar la vida incluso cuando he pulsado el arpa de la versificación, jamás olvidaré una de sus frases: “No —dijo mi amigo—, a mí la poesía que me seduce es la que misteriosamente descubre las esencias, no la que cuenta algo; si el poema no escarba en las esencias, entonces el poema no es poema”. Meses después, otro amigo me disparó una frase asombrosa, por aparentemente paradójica: “Contra lo que se piensa, mi hermano —sentenció—, la poesía no es literatura. Es algo que está más allá de la literatura, por eso yo no la practico. La poesía es bucear demasiado abajo del espíritu”. Hoy trato de observar esos dos pareceres y creo que tal escudriñamiento serviría para ponderar el trabajo de Julio César Félix Lerma expuesto en *De noche los amores son pardos* (FETA, 1999), su primer libro de poesía, y en *Al sur de tu silencio*, obra que pretendo convidar en esta recensión.

Eso fue lo que advertí cuando en mis manos tuve el original de *Al sur de tu silencio*; a petición de Félix Lerma —petición que por supuesto me honra y excede a mis

capacidades— escribí el textito de la contratapa y quise decir que su trabajo como alfarero de versos busca dar con el poema profundo, con la poesía que quiere regalarnos un producto de líneas breves y aerodinámicas, es decir, un poema quintaesencial. Escribí, me cito casi textualmente, que no me resultaba nada accidental que Julio César Félix (Navolato, Sinaloa, 1975) haya elegido este pincelazo de Henry Miller para epigrafiar los versos contenidos en *Al sur de tu silencio*: ‘Escribir ha de ser un acto desprovisto de voluntad. La palabra, como la corriente profunda del océano, ha de emerger a la superficie por su propio impulso’. Así pues, semejantes a la corriente profunda del océano, los poemas de este libro viajan con secreto impulso desde el alma hasta la página para manifestarnos, como el agua movediza de la superficie marina, símbolos en permanente cambio, multisémicos e inasibles. No es el de Julio César Félix un hacer poético cincelado en clave convencional, retórico y por tanto frío, sino cifrado en la combustión más honda de esa materia prima fugaz y permanente al mismo tiempo: la palabra, una palabra que en *Al sur de tu silencio* se insubordina para —como dice el autor en el desandamiento que oficia de coda a los poemas— brotar y entregarse a la luz transfigurada en Poesía de todos. Poesía de nadie. Poesía viva”.

¿Qué quise expresar con tales líneas? Simplemente que la obra de este poeta sinaloense-californiano-chilango y ya semilagunero parece no crecer por gracia de la razón que piensa diez veces en lo que desea ejecutar, sino que emerge por un imperativo de carácter profundamente raigal, entrañable, que nace allí donde habitan las esencias respetadas por el poeta aquel que mencioné al principio. Tal vez por esa razón —el origen profundo de los versos— la poesía de Julio César se nos planta como enigma en el camino, nos mira como diciendo adiós en una lejanía brumosa. Percibimos una silueta, una emoción, un pensamiento, un objeto, es cierto, pero lo percibimos envuelto en un obstinado velo de misterio.

Al sur de tu silencio, como suele acontecer con los poemarios, ha sido fragmentado en varias estancias (en este caso cinco) que en total suman 43 poemas. Armada a punta de gerundios y demás torpezas, ofrece además una página de saludo que del lector tal vez merece, como todas las que offician de acápites en la Colección Centenario, algún piadoso gesto de misericordia. Pero lo importante, las cinco estancias, está allí, listo para mostrarnos la malicia literaria de este joven escritor ex unamita.

El lector notará, apenas abra el libro, la complejión física de los poemas. Breves todos, pensados como alfileres de la sensibilidad, de verso estrecho, no por eso dejan de ensancharse en el alma del lector. Como lo insinúa alguna de las piezas iniciales, la poesía de Félix Lerma respira con el aliento de los simbolistas franceses y teje su enredadera verbal, traté de advertirlo, hasta la admiración de las vanguardias que cultivaron el hallazgo de la metáfora pura y la abominación del poema narrativo, como en el caso de Huidobro (mencionado en este libro), Borges (el primer Borges, el de *Fervor de Buenos Aires*) y el del Maples Arce de *Andamios interiores* o de *Vrbe*. Es entonces la del sinaloense que desde Navolato viene una poesía de paisajes íntimos, una poesía que apenas roza el exterior pues preferencia la degustación profunda de las palabras y las cosas, como si el mundo apenas fuera un pretexto para pulir los temas devorados por su espíritu antes que un motivo central de su quehacer.

Precisamente, para mostrar alguna afinidad con alguno de los autores que he citado, veo en “Asalto a la palabra”, poema de la primera sección denominada “Reincidencias nihilistas”, una cierta filiación maplesarceana. Félix Lerma ha escrito:

La urbe
 en su cotidianidad
 es una flor de espanto,
 una sorpresa callejera.

El asalto esquizofrénico
 a mano armada, con una vela;
 el asalto de una mujer semidesnuda
 provocando con su cuerpo
 la ruptura de la temporalidad.

Décadas antes, el cabecilla de los estridentistas dejó escrito en el “Superpoema bolchevique en 5 cantos” de *Vrbe* (1924):

Los muelles. Las dársenas

Las grúas.

Y la fiebre sexual

de las fábricas.

Vrbe:

Escoltas de tranvías
que recorren las calles subversistas.
Los escaparates asaltan las aceras,
y el sol, saquea las avenidas.


No quiero significar con esto que el autor que aquí comento se ate directamente a los vanguardistas que inundaron de atrevimientos al arte occidental durante la primera mitad del siglo pasado; sólo muestro una manera de operar en la que lo importante radica en saber captar la esencia de la vida para luego expresar tal captación en forma de imágenes casi autónomas, desprendidas de su terrenales referentes.

He leído con gusto y atención, con atención y gusto *Al sur de tu silencio*. No es un poemario cómodo para el lector de a pie ni para nadie, pero en esa sutil dificultad habita, presiento, el secreto de su valor, como lo muestra la estancia final, la de los prosemas. Y si a este poemario, como quería Monterroso con su obra toda, se le hiciera una antología que redujera el contenido a una sola pieza, creo que la mejor, la que condensaría más su esencia de poemario grato y misterioso es “¿Nos recordará la luna?”, pieza que, como punto de equilibrio, ha sido ubicada en el exacto centro del volumen.


Al sur de tu silencio es, por lo dicho y por lo no dicho, un libro desafío, una obra digna de ser considerada poesía moderna, buena poesía moderna.

Al sur de tu silencio, Julio César Félix, Dirección Municipal de Cultura (Colección Centenario XXI), Torreón, 2005, 92 pp.

Acequias

Universidad Iberoamericana  TORREÓN

Una publicación del
Centro de Difusión
Editorial de la
Universidad
Iberoamericana
Torreón



uia
torreón

Calzada Iberoamericana 2255 C.P. 27010 Torreón, Coah., México
Teléfono (871) 7 29 11 35 - Acequias@lag.uia.mx

acequias@lag.uia.mx

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>